# SUEÑOS DE AMOR Y DE SANRE(II)

# (2da parte de «La condesa Báthory»)

# por Alberto S. Insúa

*¿Cuáles pueden ser los sueños de una mujer que duerme cada día empapada de la sangre de una muchacha inocente?*

**Bajo el blanco sudario de la sábana que la cubre, empapada de sangre y en la oscuridad de su cuarto, bajo las gruesas cortinas de su lecho, Erzebet, despierta o tal vez dormida, piensa o sueña en unos grandes ojos amarillos que la observan; con las pupilas dilatadas unas veces o alargadas hasta casi desaparecer en el momento siguiente. Son, como los ojos de un gato. Pero nunca hubo gatos en el castillo.**

**Una brusca ascensión en la oscuridad, y los dos ojos la observan ahora desde los pies de la cama. Erzebet no puede apartar su mirada, pero sus manos retiran las ropas que la cubren. Sólo la oscuridad impide ver y distinguir el blanco cuerpo desnudo, la blanca piel que se estremece, mientras patas suaves, garras suaves, pieles suaves, lengua suave la recorren, fijándose en los muslos, en el vientre, en los senos.**

**En las escasas ocasiones en que las torpes y encallecidas manos del guerrero Nadasdy han acariciado su cuerpo, Erzebet no sintió jamás ningún placer. Tampoco cuando la penetrara después. Sólo cuando alguna de sus doncellas masajea su cuerpo desnudo con el ungüento de la bruja, sólo cuando manos jóvenes la recorren, conoce la Condesa algo parecido al gozo, algo similar al deseo. Pero nada comparado a lo que siente cuando golpea como la tarde pasada, cuando lee en los ojos de otra mujer el dolor y el pánico. Entonces, como ahora, su cuerpo se estremece, tiembla, y al final, el exceso de sensaciones la precipita en un tremendo ataque convulsivo, o la hunde en la laxitud que precede al sueño.**

**Los ojos la observan ahora a caballo sobre su pecho. Luego desaparecen y Erzebet siente en las puntas rosadas de sus senos la caricia de una piel suave, el dolor placentero de unas uñas afiladas que se clavan y la humedad sonrosada de una lengua que pronto los abandona para seguir acariciando el vientre, después los muslos, y finalmente se pierde en su sexo abierto. Es entonces, cuando Erzebet gime, se agita, se ablanda, se derrama en una oleada de intensidad que estalla en su interior. Luego llega la laxitud. Los ojos de Erzebet, antes de cerrarse, todavía alcanzan a ver otros amarillos que la observan. Luego, el sueño vuelve o desaparece.**

* * *

**El agua corre sobre el cuerpo de Erzebet. Ha eliminado hasta los más mínimos vestigios**

de sangre, y la piel de la Condesa refulge luminosa, de una blancura inmaculada.
Rechazando la sábana que Dárvula sostiene entre sus manos sale de la pequeña bañera de cobre que ha mandado introducir en su cuarto, toda vez que la de mármol cumple ahora funciones bien distintas, y ansiosa se enfrente con el espejo. Sorprendida observa que su imagen, si bien ha aumentado en blancura, ha perdido nitidez, y un halo suave y luminoso circunda su imagen, difuminando los bordes. Es como un ligero empañamiento producido tal vez por el exceso de luz y la frialdad del blanco de su piel. Desconfiando del espejo, Erzebet dirige sus ojos a aquellas partes de su cuerpo a la s que la vista alcanza, comprobando el blanco refulgente y la tersura increíble de su piel Al concluir a satisfacción su examen, sus ojos se desvían para enfrentarse con la fría mirada de Dárvula.
La vieja pregunta:
—¿Estás contenta? Todo ha sucedido como querías.
—Desde luego —replica la Condesa—. Cúbreme con la sábana. Tengo frío.
La tela cae sobre los hombros de Erzebet. Dárvula hace un gesto de retirada.

* * *

Sentada de nuevo en su trono, flanqueada por Dorko y el eunuco, dejando pasar el tiempo en la contemplación ausente del quehacer de sus costureras, la condesa Báthory recibe la noticia de la muerte de su esposo.
Ferenz Nadasdy ha muerto como ha vivido; guerreando contra los turcos.
Ni una sola lágrima surca las mejillas de Erzebet. Despide a los emisarios e imparte las órdenes oportunas. Luego, se deja caer sobre el respaldo de su sitial, y cierra los ojos ante el dolor que vuelve. Las costureras la miran sin atreverse a respirar, sin aventurar un solo comentario ante la infausta noticia.
Sólo Dorko se atreve a acercarse solícita. Alcanza entonces a oír el susurro de su señora:
—¡Mi cabeza...!
La bruja se vuelve en demanda de ayuda y se encuentra con la mirada de Dárvula y escucha las órdenes que le imparte:
—Hay que llevarla a su cuarto. Ocúpate de conseguir una paloma blanca.
Unas enérgicas palmadas de Dorko ponen en movimiento a las doncellas. Entre todas llevan a la Condesa hasta su lecho.
Erzebet yace con los ojos abiertos. Tan abiertos como los del gato que la observa aculado en un rincón de la estancia. A su lado, Dárvula sostiene con mano firme una paloma. Con suavidad degüella al pequeño animal y coloca su cuerpo, todavía palpitante, sobre la frente de la Condesa. El blanco de la piel y del plumaje se tiñen de rojo. Dárvula exclama:
—Esto ahuyentará tu dolor.
Hace luego una seña a Dorko para que las deje solas. El silencio dura hasta que el cuerpo de la paloma queda inmóvil. Dárvula retira el pequeño cadáver de la frente de Erzebet.
—Ahora debes dormir. El dolor ya se ha ido.
Erzebet suspira.
Dárvula lanza el cuerpo del pequeño animal al gato que acecha en la sombra. Hay un revuelo e pelaje negro, garras y plumas blancas teñidas de sangre.
La Condesa se ha dormido. Dárvula desaparece.

* * *

Ferenz Nadasdy cabalga ensangrentado en el sueño agitado de su viuda. Las fieras facciones del Conde apenas son reconocibles bajo la espesa capa de barro que forman el polvo de la batalla y su propia sangre. Cabalga, entre cadáveres que se apilan a su paso,

vasallos y enemigos mezclados, con las ropas de guerra desgarradas y rotas, cortando todavía el aire con su espada. Cabalga de frente, ahora, sin moverse del sitio, y cada herida, de las múltiples que cubren su cuerpo y su rostro, es un caño de sangre por el que la vida escapa.

Se ha detenido. Una figura femenina, en la que la durmiente se reconoce, le tiende los brazos. El guerrero, enhiesta la espada, azuza su caballo. La punta del acero avanza amenazadora hacia la Condesa. Pero no llega a ensartarla. Una forma negra salta sobre el conde Nadasdy. Uñas afiladas le seccionan el cuello y lo que antes era un chorro, es ahora un torrente de sangre que fluye anegando la tierra.

La espada, definitivamente vencida, cae el suelo, y tras ella el caballero. De pronto, no es ya una forma negra la que ataca al hombre caído, sino decenas de formas pequeñas y oscuras de agilidad felina que sajan la carne, beben la sangre y destrozan el cuerpo en un maremagnum de mordiscos, zarpazos, de bocas que se abren y cierran , de ojos amarillos.

Pero, al momento, los gatos desaparecen, y con ellos lo que ya solo era un amasijo de jirones rojos de carne y telas ensangrentadas. Erzebet ve ahora, frente a sí, a una joven bella y oscura de ojos amarillos y felinos. La joven la toma de la mano.

Tumbada en su lecho, sin rompa alguna que cubra su desnudez, la condesa Báthory no sabe si el sueño continúa o no, o si, por el contrario, continúa durmiendo, y se trata de otro sueño, de otra pesadilla, la nueva visión a la que se enfrenta. Sólo sabe que la joven de piel negra y ojos amarillos está allí, también desnuda, al pie del lecho.

Erzebet siente como sus labios, sus propios labios, se mueven formando una sola palabra inaudible: Isten, mientras en sus oídos retumban una y otra vez las palabras de Dárvula: —Tu esposo, el conde Nadasdy ha muerto. Ahora nada puede oponerse a nuestros designios.

La Condesa extiende los brazos mientras la joven oscura avanza. El blanco y el negro de ambos cuerpos se funden en un abrazo. Erzebet siente un calor terrible y, simultáneamente, un frío helado que le abrasa las entrañas. Luego, todo es fuego de deseo que la joven oscura excita, aplaca, vuelve a excitar, y hace que estalle una, otra, mil veces. Bajo la forma de mujer la suavidad gatuna antes soñada reaparece para hacer revivir en el cuerpo de Erzebet las sensaciones de la noche pasada.

Cuando la Condesa cae finalmente en el más profundo de los sopores hay dos ojos amarillos, felinos, que descienden, retroceden y quedan un momento fijos. Al momento siguiente, no son dos, sino un centenar de pares de ojos dorados, rayados verticalmente de negro, los que se agrandan, disminuyen, se eclipsan y reaparecen, una vez tras otra, desde las cuatro esquinas de la estancia.

* * *

En un hombre o mujer adultos, jóvenes, fuertes y sanos, la cantidad de sangre que corre por sus venas y arterias es, aproximadamente, una treceava parte de su peso. Hemos dicho que corre por sus venas y arterias. ¿Conocen acaso esa curiosa particularidad del fluido vital Dorko y la Condesa? Probablemente no. Aunque años atrás un médico y teólogo venido de España y errante por toda Europa ha explicado que la sangre pasa del corazón a los pulmones en los que se enrojece y se renueva, y que para hacerlo marcha a través de unos tubos que el llamó venas y arterias, sus ideas han encontrado poco eco. Máxime, cuando el propio Servet —que así se llamaba— enemigo a la vez del Papa y de Calvino, ha ardido en la hoguera de leña húmeda a manos de su correligionario protestante, unos años más tarde del nacimiento de Erzebet. Es probable pues, que ni la Condesa ni su hechicera de cámara tengan la menor noticia del asunto, y que el nombre de Servet esté para ellas vacío de significado. Y si no lo saben, su ignorancia no les importa mucho, no les genera ninguna inquietud. Las ideas tardan en difundirse y viajan con lentitud. En la medida que lucubraciones científico-filosóficas su importancia práctica es muy relativa. A la bruja y a su dueña les basta con conocer aquello que todo el mundo

sabe: que cuando se degüella a un animal éste se vacía de sangre.
Este método, tan efectivo como ancestral, es el que emplean ahora. Como sujeto de la experimentación, Erzebet ha seleccionado a otra de sus doncellas, una campesina robusta y rubicunda. La muchacha, ajena a la suerte que le espera, se ha dejado conducir hasta una de las mazmorras del castillo. Al trío de mujeres se he unido el eunuco. Una vez en la celda han desnudado a la muchacha. Tal acción imprescindible ha encontrado resistencia, pero las amenazas de Erzebet, la visión del látigo presto a golpear, los consejos susurrados de Dorko, y la sumisión habitual en los vasallos, ha vencido al pudor.
La muchacha está ahora desnuda, y tranquilizada por Dorko, deja que el eunuco ate fuertemente sus piernas y sus brazos con una soga de esparto. Sólo empieza a chillar cuando la bruja la hace caer al suelo de un golpe y ayudándose de una cadena unida a una polea, la iza por los pies hasta que su cabeza queda a media vara del suelo. Tan sagaz preparativo es idea de la propia Dorko, que ha intuido, muy acertadamente, que el mecanismo de suspensión debe facilitar la efusión de sangre.
Incapaz de prever todavía lo que vendrá a continuación y sofocada por la sangre que afluye a su cabeza, la doncella cambia los gritos por los lamentos. ¡Vano intento el de tratar de conmover el corazón de la Condesa! Muy al contrario, la espectadora de excepción de esta escena ha tomado asiento en un escabel y cada gemido de su víctima provoca en ella un estremecimiento de placer.
Dorko sitúa bajo la cabeza colgante el cacharro de barro. Luego, de un tajo rápido dado con la habilidad de un matarife, degüella a la muchacha, empleando el mismo cuchillo engastado en un mando de asta de carbón negro que emplea en sus artes mágicas.
Hay un coro individual de gritos y gemidos, que la muchacha acompaña con movimientos convulsivos y estertores, mientras la sangre borbotea llenando poco a poco el cacharro de barro. A poco tiempo, los gritos y gemidos cesan, y un temblor generalizado del cuerpo de la doncella presagia su rápida agonía. Otro temblor diferente, y un suspiro, dan cuenta del final del gozo de la Condesa. Luego ambas, víctima y verdugo, quedan inmóviles.
La sangre ha cesado de manar y Erzebet aparta la vista. El casi centenar de gatos, testigos mudos de la escena, se ponen en movimiento formando una pequeña procesión negra.
La condesa Báthory al contemplarlos, rememorando tal vez su sueño anterior, se estremece y exclama con gesto de fastidio:
—Hay demasiados gatos en el castillo. Mejor sería acabar con ellos.
Dorko no contesta. Pero, el eunuco, que en ese momento tiene a uno de los animales entre sus brazos mientras lo acaricia, tomándole por la piel del cuello lo invierte hasta dejarlo patas arriba. Con maneras de sexador levanta la cola del gato, y dirigiéndose a su señora afirma:
—Son gatas. Son todas gatas.
Como para corroborar su aserto hunde su uña negra y afilada en la natura femenina del felino. Un maullido y un zarpazo hacen que suelte bruscamente su presa. El animal escapa, y el capón enano, ignorando la herida que acaba de recibir, lanza una carcajada atiplada.
La Condesa no le presta atención. Insiste:
—Acaba con ellos, Dorko. Alimentar a todos va a ser un problema y un gasto inútil.
Es entonces cuando la voz de Dárvula resuena a su espalda.
—Los gatos seguirán aquí. Todos ellos. Es Isten quien les envía. El problema del que hablas no existe. Los gatos comen de todo. Carne, sobre todo. Y no ha de faltar la carne en el castillo.
Erzebet se ha vuelto y sus ojos se enfrentan con los de la vieja. Luego ambas miradas se desplazan y confluyen sobre el cadáver que pende del techo. Bajo su cabeza los gatos han formado un círculo y mientras un unos juguetean con los cabellos que rozan el suelo, otros olfatean el cuenco de sangre.

La Condesa se levanta y se encara con la vieja. Está molesta por su intervención y se niega a perder la iniciativa.

—Desde luego. Lo que acabas de decir me ha dado un a idea. Vamos, se hace tarde. Debo tomar el baño.

No hay repuesta. La corte fantasmal se pone en movimiento. El eunuco rescata a tiempo el cuenco de barro de la voracidad mal contenida de los felinos que han comenzado a lamer la sangre.

La puerta se abre y se cierra. La luminosidad de las antorchas se aleja. En la celda oscura sólo queda el cadáver colgado. Rígido y cada vez más frío.

* * *

Isten ha vuelto, pero no sola. La señora de los gatos acude hoy a su cita diaria acompañada de su corte felina.

Desde las profundidades del sueño, Erzebet experimenta sobre su cuerpo un ritual diferente. Cientos de diminutas lenguas sonrosadas y suaves ablandan con su saliva la costra de sangre que la envuelve. Ni un sólo ápice de su cuerpo se libra de la húmeda caricia, ni tan siguiera su cara, sus labios, sus ojos o su pelo. Lenta, pero inexorablemente, la túnica roja que cubre su carne desaparece, y su piel blanca queda al descubierto. Por poco tiempo. El primero de los zarpazos deja cuatro surcos sanguinolentos en su pecho, luego son cuatro por cuatro, cuarenta veces cuatro, cuatrocientas veces cuatro, hasta que todo su cuerpo es un puro surco, hasta que la sangre, suya ahora, la cubre de nuevo desde la cabeza a los pies. El placer enervante del centenar de lenguas que acarician, deja paso al dolor del millar de uñas que desgarran, dolor que se convierte o se iguala a un nuevo placer mil veces más enervante. Un placer que no acaba, que sigue creciendo al infinito, que no conoce tregua. Un placer si el final que conduce a la laxitud.

Isten, que observa la escena desde los pies de la cama, sin intervenir, estalla en terribles carcajadas.

Es entonces, cuando Erzebet siente horrorizada como uno de los gatos, instalado entre sus piernas, progresa a través de su cuerpo, como la lengua felina se hunde profundamente en su sexo, y tras la lengua el resto de la boca, y tras la boca el resto de la cabeza, y tras ella las patas delanteras, la mitad del cuerpo, la otra mitad del cuerpo, y luego, las patas traseras que entran arañando las paredes internas de su ser femenino, mientras el rabo queda fuera, colgando como una verga negra, peluda, monstruosamente larga y delgada, ridículamente fláccida, para al final replegarse también, introduciéndose dentro de su cuerpo en una absurda e inconcebible cópula inversa.

La condesa Báthory contempla ahora horrorizada su vientre distendido como en un embarazo insólito, mientras el feto gatuno salta y se mueve en el interior de su vientre.

En seguida sus ojos se desorbitan de horror. Un dolor terrible desgarra sus entrañas y siente como golpes de zarpa y feroces dentelladas destrozan el interior de su cuerpo, mientras el animal se abre paso sajando su carne y rompiendo sus vísceras.

De pronto, Erzebet siente que todo se desgarra y ve como su vientre se abre, rasgándose verticalmente. Como en un parto monstruoso, la cabeza del gato asoma triunfante. La boca, tinta en sangre, se abre, y una sinfonía de colmillos estalla en un maullido horrísono. Junto a él, el terrible grito de agonía del despertar de la Condesa traspasa en todas direcciones los espesos muros del castillo.

* * *

La puerta de la estancia se ha abierto de golpe, pasos apresurados corren hacia la ventana y manos ansiosas descorren bruscamente los cortinajes. Súbitamente la habitación se llena de luz. La joven doncella, responsable de la irrupción inesperada y del no menos inesperado maremagnum luminoso, queda cegada por la repentina claridad. Es

incapaz, por tanto, de observar un espectáculo que sin duda la hubiera sobrecogido; el de la bañera en la que la sangre coagulada forma una costra reseca. Como tampoco ve la imagen espectral de la condesa que, tapada por la sábana que se adhiere a su cuerpo por efecto de la sangre, baja del lecho y se lanza como una arpía contra ella. No la ve pero puede oírla, y el aullido de Erzebet hiela la sangre en sus venas. Un aullido al que suceden imprecaciones y blasfemias. Y es que, a pesar de la tela que la cubre, a pesar de la costra sanguinolenta que la protege, la luz del sol ha hecho sentir a la Condesa el dolor terrible de dos agujas de aceite hirviente cayendo bruscamente sobre la piel de todo su cuerpo. Enloquecida de dolor, Erzebet clava sus uñas en el rostro de la doncella. Sus aullidos no cesan. Cegada por el sol, sus zarpazos desgarran la carne que encuentran a su paso, sin que pueda conocer los efectos de su furia, ni planificar su labor destructiva.

Dorko entra a la carrera y corre de nuevo los cortinajes. La Condesa siente que el dolor cesa de forma brusca, totalmente. Pero no su ira.

¡Pobre doncella! Nadie le ha informado —ni seguramente pensaría jamás en hacerlo, pues los criados deben enterarse de las cosas que les conciernen cuando éstas adquieren la fuerza del uso continuo— de los nuevos hábitos nocturnos de la Condesa, ni de su heliofobia reciente. Simplemente, ha oído el grito de su señora y ha acudido presurosa en su ayuda. Ahora, su presteza y oficiosidad le han perdido, y su muerte inexorable, a manos de su señora y de sus cómplices, previsible en un plazo más o menos lejano, se ha acercado en el tiempo. Es más, la furia de la Condesa hace prever que no será ya una muerte tranquila con la cuchilla de matarife seccionando sencillamente su cuello y el cacharro de barro presto a recoger su sangre, sino algo mucho más terrible.

De momento, la condesa Báthory ordena a la bruja que la sujete. Luego, lentamente, acerca los dedos engarfiados a sus ojos, y las uñas penetran, hundiendo, desgarrando los globos oculares, cegándola para siempre. Antes de desmayarse, obnubilada de dolor, escucha todavía las palabras de Erzebet:

—¡Esto te enseñará que no soporto la luz del sol!

La doncella ha caído. La Condesa continúa:

—¡Llévatela! ¡Que la encierren en una mazmorra! ¡Y que nadie se atreva a atenderla ni a darle agua o comida! ¡Ya decidiré lo que quiero de ella!

Dorko asiente. A rastras saca a la doncella del cuarto.

* * *

Corrida por gruesas paredes de piedra, en una de las cuales se enmarca una pesada y estrecha puerta de madera, la mazmorra —una de varias— situada en los sótanos del castillo de Csejthe es doblemente impenetrable. Ninguna claridad llega hasta ella. Tampoco ningún sonido. Teniendo en cuenta la naturaleza de su actual inquilina, la primera de sus ausencias —la de la luz— carece de importancia, dado que sus ojos no volverán a ver jamás claridad alguna. Simplemente, porque han dejado de existir, y en su lugar hay dos heridas cubiertas de una costra de sangre y humores resecos. Esto impide también que la cuitada llore su cautiverio. No son pues lágrimas lo que sus ojos destilan sino supuraciones enfermas, productos acuosos de la destrucción. Pero, el que no pueda llorar no significa que carezca de motivos. Lleva tantos días encerrada que ha perdido la cuenta. Tampoco hubiera sido fácil calcular el paso del tiempo en una noche permanente en la que cada minuto se hace eterno.

Ha despertado de su desmayo y ha sentido un dolor enloquecedor. Luego, a pesar de la oscuridad presentida ha descubierto que está ciega. Ha chillado hasta caer exhausta. Más tarde, tanteando las paredes ha tomado conciencia de su encierro. Ha vuelto a chillar inútilmente, pues la impenetrabilidad sonora de su celda es recíproca y ningún sonido sale de ella. En silencio, después, ah sentido el miedo de la soledad y, seguidamente, el de estar acompañada por pequeños seres hostiles, por ratas a las que no puede ver, pero cuya presencia se siente y presiente. A la desesperación ha seguido el agotamiento, a éste el hambre y sobre todo la des. Pero ha pasado mucho tiempo hasta que se ha

decidido a lamer la piedra de las paredes y sus junturas en busca de frescor y de humedad. Hay que decir que ha tenido un relativo aunque insuficiente éxito. Pero si la humedad que rezuman las paredes de su cárcel ha aplacado en parte su sed, el hambre que atenaza su estómago y debilita su cuerpo no ha encontrado satisfacción. Sólo su propia debilidad le ha permitido combatirla, hundiéndola en el desfallecimiento y en el sopor.

Tal vez por eso no advierte que la pesada puerta, cerrada tantos días, se abre. Su falta de visión impide que sea deslumbrada por el resplandor de una antorcha. No obstante, el embotamiento de su cerebro le impide reaccionar ante una presencia inesperada y previsiblemente hostil.

La voz cascada de Dorko resuena entre las paredes de la celda.

—La Condesa te manda comida y bebida. Que te sean de provecho.

La puerta se abre y se cierra. La prisionera queda de nuevo sola en la celda, ahora iluminada por la antorcha fija en el muro. Abandonando su estatismo tantea febrilmente el suelo de la mazmorra buscando los manjares prometidos. Gateando, tropieza con un cuenco de barro. El azar ha querido que sea el de agua. Hociqueando, sorbiendo, derramando buena parte de ella, bebe a grandes tragos hasta agotarla, mientras el resto cae al suelo y empapa la mezcla de tierra, paja y basura que lo forman, perdiéndose para siempre, capaz ya sólo de generar humedad helada. Su estómago vacío experimenta un latigazo de dolor. Pero la doncella —saciada ya la demanda primaria e imperiosa de su sed— no piensa en otra cosa que en seguir tanteando el suelo en busca de comida. Un segundo cuenco va a suministrarle una sustancia viscosa y dulzona, ligeramente hedionda, pero que ella deglute ansiosa, ajena a su sabor. Tampoco repara en el gusto levemente salobre y la suave textura del pedazo de carne cruda y fría que devora a continuación.

Es posible que, de no estar privada del sentido de la vista, hubiera rechazado horrorizada los manjares que ahora consume: el pedazo de carne inequívocamente humana que perteneciera en vida a una de sus compañeras y los cuajarones e sangre coagulada flotando en su propio suero. O tal vez no, si tenemos en cuenta que su terrible hambre acumulada pudiera haberla hecho abandonar cualquier reparo. Pero en sus circunstancias tal disquisición resulta ociosa. Ciega como está la decisión de comer no deviene angustiosa. La carne ajena será pronto carne de su carne y la sangre su propia sangre que será pronto derramada. Porque tal es el sentido del final de su martirio. Prepararla par aun martirio futuro. Engrosar para morir. Que, conjurada la anemia producida por el ayuno, nueva sangre roja, sana y potente, corra de nuevo por sus venas y efluya, finalmente, hasta el cuenco de barro destinado a recogerla.

Una presencia múltiple acompaña su comida. La de sus pequeñas compañeras de prisión —las ratas— que han empezado a compartirla, y la de la Condesa, que atisba desde fuera, con los ojos enmarcados por la angosta ventanuca que se abre en la pesada puerta de madera. Ha ordenado a Dorko que deje la antorcha encendida en el interior de la mazmorra. Quiere ver el espectáculo monstruoso de degradación humana que ella misma ha conseguido crear. Con la autocomplacencia del artista sigue atentamente la puesta en escena y la apasionante interpretación de los efectos de su maldad.